

1986

El bazar de los recuerdos

Roberto G. Fernandez

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Fernandez, Roberto G. (Otoño-Primavera 1986) "El bazar de los recuerdos," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 24, Article 19.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss24/19>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

ROBERTO G. FERNANDEZ

El bazar de los recuerdos

Hacía meses que llovía sin tregua y Eloy le espantaba los cucarachones, mosquitos y bibijaguas que ebrios de agua emanaban con sus desorbitados aleteos de las charcas y trataban de anidar en la ensortijada pelambre bronceada de Mirta.

— Más rápido que me están enloqueciendo. Faster! Abanícame más rápido. Saca la pluma de avestruz que está en el closet del baño, pero trátala con reverencia que es lo único que me dejó mamá.

Le venía sirviendo de criado con tal que le hablara de la playa más linda del mundo, de la playa azul de ilusiones, de aquel pasado que no le pertenecía pero que soñaba con vivir y aún recordar cuando fuera viejo y transmitirse a sus nietos. Las pláticas con Mirta se habían iniciado mucho antes de que empezara el diluvio. Todo comenzó una tarde cuando Eloy, cansado de ayudar a su tía, pegó la oreja contra la pared de su cuarto y escuchó atónito pero atento la acalorada discusión que al otro lado de la pared Mirta sostenía con el radio.

— ¡Se ve que Ud. no sabe nada de playas! Aquélla sí era una señora playa. Las aguas tornacolor, la arena de la textura del talco, las brisas cálidas pero nunca calientes... la playa más linda del mundo ¡qué Cancún ni

qué Sanibel ni qué carajillo! es más por mentiroso y farsante si sigue así más nunca sintonizó su emisora. Mire que me está poniendo cabrona. Carajo, si no fuera porque estoy esperando el último hit de Luna de Ville y Julio Iglesias se lo juro por los restos de mi madre que más nunca sintonizaba su estación porque a mí sí que no me gusta que le llenen a la gente la cabeza de mentiras.

Vencido por la curiosidad, Eloy tocó a la puerta de su vecina. De inmediato Mirta no le abrió. Asomó la cabeza por la ventana de la cocina y algo angustiada gritó: "What you want?" Temía que fuera un violador, un raper, o aún peor el cobrador de la Mastercard, e inmediatamente balbuceó: "She no here. She in Disney World in Orlando. Very, very far from here". Mirta no había reconocido a su vecinito, el sobrino de la lavandera, la que había perdido la yema de los dedos de tanto lavar para poder sacar a su hermano preso. Luego de explicarle quién era, le abrió la puerta, brindándole después unos caramelos que le habían sobrado de Halloween. Así fue que desarrolló la manía de conversar con ella todas las tardes a la salida de la escuela. Mirta le iba embriagando la mente con su bazar de recuerdos.

— Pues sí, el agua se volvía de diferentes colores cuando soplabla el viento. Era de un intenso color púrpura cuando rugía fuerte y de un verde tierno cuando reinaba la calma. Nuestro mar era tan sabroso que hasta el propio Aristóteles, que es un señor muy culto y que no puede ejercer aquí porque no pasó el board, quedó tan atolondrado al probar sus aguas que dejó toda su sabiduría a un lado y se puso a vivir con El Cid que era una negra enorme que vendía cocos tallados en forma de Sta. Bárbara con las caras hechas de masa de pan a imagen suya.

— Y la arena Mirta, ¿cómo era la arena?

— Pues para decirte la pura verdad, en los días de tormenta, cuando soplabla el viento en varias direcciones podías ver todos los colores del arco iris en el agua.

— Pero la arena Mirta, la arena.

— Ah, sí. La arena era más fina que el Baby Powder de Mennen, el que tiene el niño dentro de una rosa, the powder with the baby in the rose. Es más el sol salía por el norte y se ponía por el sur.

Y así fueron transcurriendo las tardes y Mirta "diente de conejo" se volvió a sentir tan importante como cuando era pequeña y acompañaba a su madre a limpiar la casona de la playa y la señora la usaba como abridor de botellas y siempre la uniformaba en los días de fiesta y la sentaba sobre un inmenso cojín oriental al lado del bar. Poco a poco, Mirta fue dándose cuenta del poder narcotizante que producían sus palabras en el joven, optando astutamente por intercambiar su caterva de vivencias por favores prácticos que le facilitaran el cotidiano vivir. Al principio le enviaba al Grocery de Pepe para que le comprara un Seven Up, o a la farmacia del Dr.

Cabrera quien le vendía el librium sin receta o el benadril para calmarle la constante picazón que le producía el salpullido. Eloy, sin embargo, no se quejaba. Pensaba que aquellos pequeños favores eran más que justificables.

Aquella húmeda tarde Eloy llegó como de costumbre y antes de entrar limpió el fango que cubría sus zapatos. Mirta ya le tenía la lista preparada con las tareas vespertinas que debía realizar: traer una botella grande de leche de magnesia (para hacerme una limpieza), una botella king size de Gatoraid, pasar por casa de Mima y apuntarme \$5 al 5-9-80, llamarme al banco para decirle que en la chequera nueva hay un error, que mi nombre no es Rosa Vega sino Mirta de los Remedios Vergara y llenarme los papeles del insurance que no los entiendo. Mientras Eloy leía la lista, Mirta le prometía más relatos de su caudal. Cuando al cabo de un rato llegó, colocó los encargos en su debido puesto. Abrió la gaveta de la cocina y extrajo una cuchara. La llenó de leche de magnesia mientras ella abría la boca y daba órdenes para que sacudiera los muebles y baldeara el piso de la cocina. Mirta se tapó la nariz antes de tragarse las cuatro cucharadas.

— Gracias hijo. Eres el mismísimo Arcángel San Gabriel de lo bueno que eres. Mira vuélveme a sacudir los cojines del sofá que todavía tienen polvo y pásale el vacuumcleaner a mi cuarto... y la brisa era cálida pero no caliente y no había necesidad de untar lotion ni sun screaner porque las brisas eran como el aloe, y hasta te destupfan la nariz al mismo tiempo que te tonificaban la piel. Déjame decirte que yo siempre lo miraba todo desde el portalón de la casa que tenía la mejor vista de la playa porque mamá no me permitía salir y me decía que había que subir y que si no me vigilaba iba a terminar mezclándome con porquería y que al final me iba a embarrar hasta la lengua. A veces, cuando tronaba, El Cid se desnudaba y con sus dos enormes pechos, colado y tizono que así los llamaba Aristóteles, bamboleándose en el viento, se ponía en cruz a gritar: "Santa Bálbala y centellas". Mamá me tapaba los ojos para que no viera el espectáculo.

— Thanks, Mirta ya tengo que irme. La tarea, you know.

— Si te quedas un poquito más te cuento de las focas marinas que rondaban la playa. Stay I tell you about the marine fucks in the beach.

— Ok, un ratiquito más.

— Pero antes sácame las espinillas de la espalda y exprímeme los granitos que no puedo verlos. Espérate, no empieces que tengo que ir al excusado. Un rato después Mirta regresó extenuada pero satisfecha.

Eloy comenzó a expurgarla y sin saber por qué ella experimentaba un profundo placer con cada forúnculo explotado, con cada espinilla descubierta.

— ...y las focas marinas le daban la vuelta y cruzaban el Cabo de Hornos sólo para venir a gozar de los placeres de la playa más linda del mundo y se enloquecíanss deslizándose por las cataratas que bordeaban la playa. Tráeme un vaso grande de Gatoraid que estoy reseca. Las focas retozaban

alegremente con los bañistas y éstos las recompensaban con plátanos y papayas a cambio de sus juegos acuáticos y pantomimas focales y ahora échame un poquito de alcohol boricado que me está ardiendo y pásame la toallita con agua tibia y de paso me das una friccióncita con Ben Gay que tengo el muslo inflamado.

— Really Mirta me tengo que ir. Mi tía me está llamando. Tengo que ayudarla a doblar el laundry.

— ¿Por qué no me bañas antes de irte? Mira que estoy agotada con tanto overtime en la factoría. Estoy que casi no puedo aguantar el jabón del cansancio. A little shower, ¿ok?

— But Mirta...

— Vamos déjate de boberías que puedo ser más tu madre. I can be your mother. Déjate de cuentos y saca la esponjita, el jabón de olor y la Colonia 1800 que están en el armario.

— ¿Qué es un armario?

— Es ese mueble que es como un closet.

— Ya sé. But tell me more. Dígame más.

Mirta se deleitó pensando en la presión que las manos de Eloy ejercían sobre su espalda, y se estremeció cuando se le ocurrió que luego tendría que voltearse para alcanzar la toalla que colgaba del clavo de la puerta. Sólo la idea la hizo salivar tanto que la baba comenzaba a inundarle el cuello. Mientras Mirta se despojaba de su vestido, zambulléndose en la tina que le servía de bañera, Eloy enjabonaba la esponja sin saber que muchos años después le prohibiría a su esposa que utilizara una esponja para fregar y mucho menos para bañar a los niños. Aquella manía le duró toda la vida; ni siquiera la Dra. Helen Kings con sus ungüentos y pociones mágicas se la pudo erradicar. Eloy se aproximó a la tina y le suplicó que continuara.

— Pues allí conocí a mi único novio, tendido al sol. El nunca supo que yo fui su novia, pero le guardé todo el respeto que se merecía. Tenía el pelo color caoba, como el tuyo pero más crespo y las brisas eran cálidas... un poco más a la derecha, enjabóname aquí abajo... pero no calientes y no hacía falta sultan lotion y las focas marinas retozaban alegremente con los bañistas y se deslizaban por las cataratas que bordeaban la playa y la arena era de la textura del "Eso me lo dijo ya", dijo Eloy interrumpiéndola a la vez que retiraba la esponja y se secaba el sudor que le cubría la frente. You already told me that. ¡Me voy!

Mirta reconoció que la cantera de recuerdos que había venido explotando hasta el máximo amenazaba con agotarse en aquel preciso momento cuando más necesitaba sentir el esqueleto de aquellos corales que se habían sacrificado uno tras otro, en aras de su tardía felicidad, para formar aquella magnífica esponja.

"Sí miijo sigue enjabonándome aquí abajo", dijo a la vez que se volteaba dejando al descubierto, con una sonrisa de coneja vieja en los labios, sus

dos pesadas ubres precipitadas con el peso de los años y arropadas en su pelambre rojiza. Eloy la observó por primera vez con indiferencia y algo desafiante gritó: "Dígame más. Si no sigue no sigo". Mirta, alarmada, pasó súbitamente de la cantera de los recuerdos distorsionados a la de las invenciones tan sutilmente que no atinó a percibir dónde terminaba el recuerdo y comenzaba el mito.

— Las focas venían acompañadas de ballenatos. Las mujeres vestidas con faldas hechas de palmeras movían sin cesar las caderas y cantaban, waha, waha, thrum, thrum, waha, waha, thrum, thrum, mientras los hombres de anchas espaldas, curtidos por el sol, soplaban unos gigantescos caracoles en señal de respeto al volcán que se erguía a lo lejos y dejaba escapar una pluma de humo en son de gratitud. Le llamaban el Pan de Matanzas, "The Killing Bread", porque de su cima se habían lanzado tantos panaderos enloquecidos de amor por las figuras de coco con las cabezas de masa de pan que vendía El Cid. Entre el mar y la orilla había una laguna rodeada de arrecifes de coral de diferentes colores: verde, azul-verdoso, zafiro, azul-violeta, esmeralda, ópalo, y a mamá después de baldear la terraza le encantaba nadar hasta la laguna; ella murió evocándola con el nombre de papá, que fue un navegante noruego que nunca conocí, en los labios y rezando el Ave María en francés que la señora le había enseñado y ay ay ay fá fá fá ayyyyyy íaaaaaaa...

— ¿Qué le pasa? What's the matter? Mirta, what's the matter? Ay, ay, ay, nada mijo es el gusto de recordar tantas memorias de la playa más linda del mundo. Please sígueme enjabonándome allá abajo, pero ahora un poquito más a la izquierda. Please!

— But Mirta ya estoy cansado. I'm tired.

— Te sigo contando amor, te sigo contando tanto... y cuando llegabas a la playa te ponían un collar de flores y te susurraban al oído tiare, tiare, haere mai, haere mai al mismo tiempo que dislocaban sus caderas y luego te llevaban a un hotel esplendoroso todo hecho de oro y coral que se llamaba El Oasis y ellas se despojaban de sus faldas y sólo se quedaban con tiaras de flores en la cabeza y los tobillos y se lanzaban al mar llevándoles bananos y plátanos a las focas. Sigue. Eloy sígueme enjabonando, sígueme enjabonando please y te cuento cómo las focas venían hasta la playa y te comían de la mano y cómo mamá siguió a la señora al partir y abrazó cada habitación de la casa y les dijo que les había mimado más que a su propia familia y de recuerdo arrancó una pluma de avestruz de un sombrero que la señora había dejado olvidado sobre la cama y cómo la arena tenía la textura del Baby Powder y cómo la brisa te bronceaba la piel y cómo el mar era tecnicolor y cómo Aristóteles y El Cid se revolcaban desnudos por la arena y ¿por qué no te quedas a dormir conmigo?

Eloy no respondió. Mirta salió de la tina resuelta a forzarlo a quedarse si fuera necesario cuando una nube de cucarachones se posó sobre su cuerpo

serviéndole de manto. Eloy ni siquiera trató de espantarle las bibijaguas que intentaban anidársele en las fosas de la nariz. Continuaba lloviendo y el techo comenzaba a gotear. Cansado, Eloy abrió una silla de tijeras y se sentó frente por frente a la emergente Mirta venusiana que ahora lo vituperaba y vociferando le decía que su madre era una cualquiera, qué coño la estaba poniendo cabrona y que cuando se ponía cabrona no creía ni en su madre, que sus tías dormían juntas en la misma cama, que su padre guardaba prisión por traficante y tarrudo, y que sobre todo él era un mal agradecido porque si no fuera por ella nunca tendría un pasado, y que después de todo era más importante que su tía porque le había regalado sus recuerdos. Eloy desconcertado sólo optó por mostrarle la esponja enjabonada que aún sostenía en las manos. Mirta al ver el gesto, volvió a salivar y de rodillas le suplicaba que le hablaría constantemente de la playa, que tenía muchísimo más que contarle, que le haría la tarea, que ayudaría a su tía con el laundry, que le regalaría un VCR y que lo llevaría a los conciertos de Luna de Ville. El muchacho tan sólo sonrió. Se acariciaba su incipiente bigote ralo con una mano y escondiendo con la otra la esponja detrás de su espalda murmuraba: "Cuénteme más, cuénteme más, tell me more".